

# SIETE SEÑORES DE LA GUERRA

Doctor  
HERNANDO GAITAN L.  
Historiador



*“Cuanto más grandiosos y fuertes sean los motivos de la guerra; cuanto más abarquen toda la existencia de los pueblos; cuanto más poderosa sea la tensión que preceda a la guerra, tanto más se aproximará a su poder abstracto; tanto más se tratará de derrotar al enemigo; tanto más ejecutiva y menos política será la guerra”.*

*“La guerra no es más que continuación de la política por otros medios”.*

CLAUSEWITZ

Por bien sabido que sea, vale recordar al ocuparnos de asunto tan serio como es la guerra, que los grandes acontecimientos militares o políticos y los conflictos raciales, han tenido siempre como causa primordial la eterna lucha de los pueblos por la hegemonía económica.

Entre los grandes capitanes que han derribado barreras y abierto camino a más amplios conceptos de civilización —sin dejar por ello de lamentar la monstruosidad que patrocinan las contiendas armadas— Alejandro de Macedonia, Aníbal, César, Atila, Gengis Kan, Tamerlán y Napoleón, descuellan en la historia por sus excepcionales condiciones de liderazgo y su papel trascendental en las violentas transformaciones que han gestado épocas cruciales

en la conformación de un mundo que ha debido superar acontecimientos casi apocalípticos, para dirimir en los momentos que les cupo en suerte, la tremenda cuestión de quien ejercería la hegemonía política, en procura del monopolio económico, de una humanidad que inexorablemente habría de universalizarse con el tiempo.

La veleta del destino, siempre a merced de fuerzas y fenómenos incontrolables, ha venido señalando las regiones y lugares donde se gestarían acontecimientos que habrían de constituir hitos en el devenir de la sociedad humana. Grecia, Fenicia, Roma, las Mesetas del Asia Central y Francia, albergaron en su momento histórico, hombres que conmovieron el mundo, alterando el

curso de las civilizaciones y revelando el notorio elemento de azar y de casualidad que ha intervenido siempre para resolver o solucionar —por un tiempo— la pugna de las rivalidades. Ellas obraron y cumplieron, a manera de voceros de grupos o bloques, que perseguían sus propias finalidades económicas.

Estos señores de la guerra —pese a su identidad conquistadora— encarnaron sin embargo, modalidades y caracteres bien distintos, unos como conductores e idealistas políticos, otros como ejecutores de vastos designios, pero todos impulsados por un destino común —el de la guerra— para destruir y aniquilar a sus ocasionales adversarios y reinar con sus huestes vencedoras sobre el desolado mundo de los vencidos.

Asesorados unos por mentes privilegiadas, de aptitudes excepcionales, triunfaron en la guerra, ya por virtud de una eficiente organización de "estado mayor" o por su avasalladora personalidad, única y solitaria, en la jornada por la consecución de sus designios. No obstante, a todos ellos los cobijó y animó el don tan inapreciable aun cuando efímero, de haber nacido conductores de pueblos. A casi todos ellos, por extraños e insondables acontecimientos, los abatió el último acto de la tragedia que debieron hilvanar, por fuerza de hechos y circunstancias imprevisibles.

*"Os ruego tengáis en cuenta, señores, que no censuro ni apruebo: refiero".*

Talleyrand.

## ALEJANDRO

En la obra de W. W. Tarn, Cambridge Ancient History (vol. VI), aparece trazada magistralmente en breves rasgos la imagen de Alejandro de Macedonia; "Dio normas al mundo civilizado; originó una nueva época; después de él nada volvió a ser lo que había sido".

Extraños y portentosos hechos señalan la vida de algunos hombres, que saliéndose del común inspiraron a sus contemporáneos y a los que vinieron después, sentimientos que lindan en ocasiones con lo sobrenatural y con el mito. Tal es el caso del guerrero macedón, aureolado por el fino y exquisito testimonio que en letras de oro estamparon griegos y orientales en el libro de la recordación. Su imagen se eternizó en la literatura, en el arte, en las monedas, en los monumentos e imágenes. Surgido de un mundo rústico, áspero y primitivo, que trascendía rudeza, ignorancia y ese gris inconfundible que exhalan los pueblos pequeños, de casas levantadas sobre bloques de piedra sin pulir y construidas a manera de cuarteles, un hombre logró emprender el vuelo soberano que sólo trazan en el espacio las águilas majestuosas e imponentes. Era aquel un pequeño mundo sin jardines, de ondulantes callejuelas a manera de calles, con escaleras talladas que conducían a la parte alta y baja de las montañas. Por su constante edificación, Pella semejaba haber sufrido un terremoto. Algunas de sus casas, las nuevas, tenían pórticos con columnas, al estilo griego pero, con todo, ella, la capital del reino,

era fea y pequeña, casi insignificante, jamás comparable con las ciudades del sur de Grecia.

A diferencia de su padre Filipo —que nunca leyó un libro— que tenía un ojo inútil y que cojeaba y maldecía de su pierna inválida, el joven Alejandro ostentaba la piel delicada de su madre, que enrojecía en vez de oscurecerse al contacto con el sol; honrados y hermosos ojos azules que miraban de frente, y rizos dorados enmarcaban su rostro. Cuán diferente a la faz atezada y barbuda de su padre, que justificaba su aspecto repugnante, diciendo “que tenía un órgano y un miembro de cada clase y dos buenos testículos”.

Alejandro, como el joven Federico de Prusia — que amaba la música, los hermosos trajes y sus rubios y enortijados cabellos, gustaba de la soledad y no compartía con nadie sus pensamientos y deseos. Lo que más apreciaba en el encanto de su soledad era la *Eliada*, que llegó a recitar casi de memoria. Uno de sus preceptores le dio el sobrenombre de Aquiles, “el de los pies ligeros y el más heroico de los héroes griegos”. En sus sueños cruzaba el mar en compañía de los personajes del libro, hacía una extraña costa de oriente. Sus ojos, absortos en las cosas bellas, solían posarse en el mármol blanco del santuario que veía cuando descendía de su diario paseo a la montaña, en el que estaban grabadas estas palabras: “Soy un Dios inmortal, dejé de ser mortal”.

A su alrededor cruzaban muchas gentes que para él eran como sombras indistintas, pero,

sin embargo, desde el primer instante que conoció al filósofo estagirita Aristóteles, comprendió que en él residían la sabiduría y el talento. También realizó, a tiempo, que el general Antípatro era el oficial más digno de confianza del estado mayor, que tanto enorgullecía a Filipo, quien hubiera podido decir como el francés Mirabeau, refiriéndose al poderío militar prusiano: “Prusia no es un estado que posee un ejército; es un ejército que ha conquistado una nación”. Ese era el caso exacto que le ocurría a la rústica Macedonia.

Aun cuando separados por muchas centurias, el sagaz Filipo —como el gran Federico— había forjado una arma tan poderosa que conduciría al genial Alejandro a la conquista del mundo antiguo. Sus generales, que habrían de contribuir decisivamente a la grandeza de Alejandro, también llegarían a ser reyes cuando el águila emprendió el vuelo sin retorno.

Violentos ejercicios corporales endurecieron físicamente a Alejandro y sus sabios preceptores enriquecieron su mente hasta convertirlo en un auténtico griego, dotado de las virtudes y de los defectos que testimonió el mundo helénico. Siglos más tarde, unánimes historiadores romanos hablarían de la pasión de Alejandro por los conocimientos. Aristóteles logró insuflar en su espíritu ansias de cultura, que sin embargo, no le permitieron dominar una sola ciencia, fuera de la guerra.

Sus primeros hechos de armas los cumplió al lado de Hefestión, en la escogida caballería de los

"Compañeros", bajo las órdenes de Parmeni6n, el jefe del estado mayor. Dominado por el terror, compa1ero de sus primeros pasos, se enjugaba el sudor, torturado al pensar que tenia que arrojarse al peligroso remolino que contemplaba desde una peque1a altura, en la campa1a de represi6n de Grecia; se lanz6 por fin sobre el lomo de Buc6falo en lo recio de la pelea al escuchar la orden de ataque de Clito, el negro. Atraves6 sin darse cuenta por entre los escuadrones enemigos, hasta cuando se hall6 solo en pleno bosque, al borde de un arroyo, en el cual pudo saciar la sed atroz que lo dominaba. Nada recordaba y una especie de sopor invadía sus miembros. Tratando de salir del campo de Queronea, contempl6 con angustia c6mo hasta la entonces invencible falange tebana había sido exterminada y sus componentes muertos hasta el último, unos al lado de otros como lo fueron en vida, unidos siempre en la confianza del triunfo y de la gloria que los acompa1ó en las dos "hijas inmortales, Leutra y Mantinea", a que se refiri6 Epaminondas antes de su muerte, cuando uno de sus compa1eros de armas se lamentaba de que el héroe no hubiera dejado descendencia.

Los atenienses sobrevivientes, junto con Dem6stenes, habían logrado escapar hacia Atenas. Cuando se hall6 con su padre que lo buscaba entre los cadáveres, pudo notar que Filipo, como solía ocurrir, transcendía un fuerte olor a vino. Su infortunada experiencia hace recordar la de Federico de Prusia en su primer encuentro frente a los austriacos, cuando

lleno de pavor se escondió en un molino de viento. Con amargura recordaría tiempo después su primer ensayo frente al enemigo.

Los generales de Filipo hicieron de él un guerrero, y cuando aquél sucumbió bajo el pu1al de un asesino, contra lo que era de esperarse de una naci6n al servicio de un ej6rcito, los oficiales, después de corta vacilaci6n lo exaltaron al mando, y así se hall6 con el poder en las manos. Algo que no era de esperarse ocurri6 entonces. Ante la persistente rebeli6n de los griegos, haciendo de lado la tradicional política conciliadora de Filipo, aplast6 inexorablemente la revuelta y arras6 a la noble y heroica ciudad de Tebas, inmortalizada por la divina pluma de S6focles y Esquilo.

Contra el parecer de sus generales que aconsejaban invadir el Asia, meditó largamente este paso. Revis6 cuidadosamente los planes estrat6gicos, los programas de movilizaci6n y de abastecimiento y la ruta que debía seguirse en la marcha. Tambi6n analiz6 las previsiones tomadas en materia de equipos y máquinass de asedio, los efectivos de los distintos cuerpos de ej6rcito, la cobertura militar de la inquieta Grecia y la protecci6n y defensas de Macedonia.

Cuando la estrella Arturo asom6 en el horizonte, el a1o 422 de la Olimpiada, el ej6rcito se puso en marcha hacia los Dardanelos. Entre el polvo que se alzaba en la ruta, llevando cerca de él a Buc6falo, sumido en sus recuerdos, evoc6 los temores de Arist6teles y sus dudas sobre la ex-

tensión del mundo concebido por los geógrafos y filósofos de entonces. ¿Acaso los estrechos mares en torno a la Helade no serían tal vez más que un pequeño rincón de un vasto Oikoumene, cuyos confines podían estar poblados por bárbaras hordas, no vistos aún por los griegos? Dando una ojeada a su alrededor y contemplando el avance de los soldados, realizó plenamente que bajo su mando no existía un pueblo macedonio, que sólo era una idea, una creación de su padre, y que en torno a esta idea se había formado y fortalecido un ejército sin el cual no existiría su reino, constituido por tribus de bárbaros campesinos que celebraban periódicamente la recolección de sus cosechas, manteniendo las viejas costumbres de la vida del clan. De sus cavilaciones volvió a la realidad después de una marcha agotadora de largos días, cuando las tropas se detuvieron por fin frente al estrecho. Hacía un tiempo ideal y el viento norte acariciaba los rostros atezados de los rudos guerreros. La colina de Troya se destacaba entre los altos picos de las montañas. Salvo las estilizadas siluetas de las gaviotas no se vislumbraba vela alguna en el horizonte. La travesía se realizó sin que nada empañara el ánimo alegre de los expedicionarios.

Cuán pequeña se le hizo entonces la colina que guardaba tanta gloria pasada. Frente a Hefestión que lo observaba, Alejandro no daba crédito a sus ojos y no pudo menos de anotar que sin la Ilíada, nada se sabría de Aquiles ni de la sin par Helena. A esto replicó Hefestión, que si un gran

hombre no tuviera un poeta que contara sus hazañas, pronto pasaría al olvido en la memoria de las gentes. Su diálogo se interrumpió por la llegada de unos espías que informaron que por oriente se iba concretando la gran masa de los ejércitos bárbaros, como inmensa mancha que cerraba el paisaje. A la orilla de un río por ellos desconocido, el Gránico, contemplaron por primera vez las huestes enemigas. Los caballos hermosos y uniformes, agrupados en regimientos, parecían moverse a merced de la brisa suave que acariciaba los contornos del río. También entre las huestes de infantería, se destacaba la agrupación de los hoplitas mercenarios griegos, inmóviles a manera de roca y vistiendo las capas rojas a la usanza helénica. Grandes grupos de jinetes se apeñuscaban en las laderas. Hasta los macedonios llegaba el vocerío del enemigo que los invitaba a cruzar las aguas del turbulento y profundo río. Con su escrutadora mirada, Parmenión, el jefe de estado mayor, tomaba nota del dispositivo persa. Dirigiéndose a Alejandro le observó que debía mantenerse en sus posiciones sin aventurarse por las traidoras aguas. La respuesta de aquél fue seca y cortante: yo no tolero que el adversario se burle de nosotros y nos desafíe a pasar la corriente. Parmenión, que comprendía la grave amenaza que representaba esta explosión de genio, optó por guardar un prudente silencio. Pero instantes después los veteranos de Filipo encabezados por Alejandro se agitaban en medio de las tortuosas aguas, sin concierto alguno. Ante el seguro desastre

Parmeni6n se vio obligado a comprometer la falange y otras formaciones que debieron entrar en combate para apoyar la acci6n del atrevido Alejandro. El avance firme y sostenido de los macedonios oblig6 a replegarse a la caballería enemiga. Todo había sido tan rápido que Alejandro no sabía de su estupor. Sobre su cabeza una espada enemiga le hundi6 el casco adornado con plumas blancas, cegándole y aturdiéndole. Pero Clito el negro se interpuso y seg6 de un tajo el brazo del guerrero que iba a rematar al caudillo.

Las pérdidas habían sido muy costosas en el batall6n selecto de los "Compañeros"; sus sobrevivientes cubrieron a su atrevido comandante, a quien a partir de este momento los vincul6 un sentimiento mäs estrecho y profundo.

Parmeni6n, que difícilmente logr6 contener su desaprobaci6n, al referirse a esta acci6n reconoci6 la gravedad de las pérdidas y lament6 las bajas ocurridas entre el selecto personal de los "Compañeros". Alejandro, bajo el impacto del momento, debió comprender que había escapado dos veces de una muerte segura: la primera, gracias a Clito; la segunda por circunstancias casi inverosímiles. Con su impetuoso genio había comprometido a todas las fuerzas de vanguardia; había expuesto al ejército y casi frustrado el curso de las futuras operaciones. Pero ya las trompetas de la fama habían comenzado a propalar su gloria. Los falangistas opinaban, que como en Queronea, su arrojo los había conducido al triunfo. Comen-

zaron a pensar que en él residía el espíritu de Enialio, el "Dios de las batallas".

En el corto espacio de su vida pero en el largo itinerario de su empresa conquistadora, los hombres le seguirían por los caminos de un nuevo mundo que se perdía en la inmensidad de llanuras, ciudades fabulosas, empinadas montañas y largos, casi incommensurables ríos.

Sobreponiéndose a su inferioridad naval frente a los almirantes fenicios al servicio del gran rey, los vencedores prosiguieron una empresa que pasma y asombra a los estrategas de todas las épocas. Cada obstáculo sería acicate para su voluntad indomable, para sus ansias de poder, para su sed de riquezas y para su anhelo de posesi6n de las mujeres de oriente, raras, ex6ticas y sabias en el amor.

Tras las huellas del fugitivo rey de Persia llegaron en su avance hacia el sur a un pasaje tan estrecho de las montañas, que sólo permitía circular un carro de frente. Desde la altura contemplaron una inmensa llanura de color de sangre. Los escasos habitantes que encontraron a su paso llamaban esta estrecha garganta las Puertas de Cilisia. Tras el penacho blanco de su incansable conductor, pueblos y ciudades conquistados iban hilvanando la historia de sus victorias. Alejandro, según el historiador romano Arriano, "comprendía fácilmente lo que debía hacerse, mientras los demás vacilaban. Gracias a su observaci6n de los hechos, era muy afortunado en sus conjeturas acerca de lo que iba a suceder. Frente al peligro

su triunfo sobre el miedo, mitigaba el miedo de sus soldados. Hacía rápida y audazmente lo que había que hacer, aunque no estuviera seguro del resultado”.

Las enfermedades que mataban fácilmente a otros, apenas hacían mella en su voluntad de hierro.

Mientras perseguía al ejército fantasma de los persas, iba naciendo en él y en sus generales la sensación de un peligro inminente. Esta presunción se convirtió por fin en certeza cuando un día sus espías y grupos de descubierta informaron que las fuerzas enemigas habían tendido un cerco a su alrededor y que su retaguardia que descansaba en la ciudad de Iso, donde estaban instalados los hospitales de sangre, había sido tomada por un cuerpo de caballería.

Fue entonces cuando realmente se revelaron en toda su plenitud la personalidad y las cualidades militares de Alejandro. Ante la amenaza de un próximo desastre, arengó a sus huestes; celebró consejo con sus oficiales; inspeccionó detalladamente el terreno de acción; redistribuyó sus efectivos y se aprestó al combate decisivo.

Su ejército que había combatido toda una generación, maniobraba con matemática precisión. Cada unidad sabía a cabalidad su puesto y la tarea que le competía realizar, que ya había ejecutado muchas veces. Filipo y sus generales habían hecho de los campesinos macedonios una fuerza extraordinariamente moderna y experimentada. La vieja táctica de enfrentar una masa de combatientes a otra, hasta cuan-

do alguna de las dos cedía el campo al adversario, había sido renovada ampliamente. Los primeros ensayos se debieron principalmente a los espartanos que introdujeron la formación en falange, disposición muy acertada porque sus soldados eran excelentes luchadores individuales y porque sus cánones de guerra preveían que sólo la muerte podía detener su avance. Pero en las batallas de Leutra y Mantinea los generales tebanos Epaminondas y Pelópidas habían hallado el medio de quebrar las filas enemigas, haciendo el extremo derecho de sus líneas más potente para desarrollar operaciones envolventes de convergencia contra el flanco enemigo. Filipo, que había analizado el nuevo sistema lo mejoró, pues apreció que la falange, que sólo podía avanzar al paso abriéndose camino con sus lanzas, podía ser apoyada y protegida por un cuerpo de caballería, disimulado a la vista del enemigo tras la pantalla de unidades débiles compuestas de arqueros y guerrilleros, en el extremo del flanco izquierdo.

En la bahía de Iso frente al enemigo, la falange se afiló hacia la derecha, avanzando como se dice en escalón; en el espacio que permitió esta maniobra surgió una unidad que avanzó a pie tan rápido como lo permitía el quiebre del terreno a la caballería; en seguida procedió a desplegarse el cuerpo de caballería de los “Compañeros”; tras esta unidad entró en acción un cuerpo de infantería seleccionado. Así, cada unidad se apoyaba a la siguiente mientras se introducía una profunda brecha en el cuerpo

enemigo, por donde se lanzó la caballería, aprovechando el espacio vacío que dejara la caballería persa al lanzarse a la carga contra las agrupaciones de la falange que se había al comienzo desviado hacia la derecha. La operación se completó cuando la caballería de los "Compañeros" se desvió a la izquierda para envolver a las masas de infantería persa. Fue entonces cuando Darío, que ya se había comportado cobardemente en el Gránico, descendió de su carro y a caballo escapó del campo de batalla, arrastrando consigo y provocando la defección general de casi todas sus tropas, salvo el contingente de mercenarios griegos de Menón el Rodío. La fuga a través del estrecho paso de la bahía lo realizaron Darío y sus hombres de caballería sobre montones de cadáveres de sus propios compañeros a quienes arrollaron en su precipitada fuga.

Así, gracias a la fuga de Darío y a la capacidad de maniobra táctica de los macedonios, Alejandro salvó a su ejército de la encerrona. Lo que pudo haber sido una gran derrota estratégica, se convirtió en una brillante y decisiva victoria táctica.

En tanto que Alejandro en la banera de Darío examinaba con curiosidad los jarros de plata para el agua, las vasijas de oro de los ungüentos y los perfumeros de cristal, su propietario escapaba velozmente poniendo tierra de por medio entre su séquito y las huestes vencedoras.

Después, a través del caleidoscopio de las llanuras, en un recorrido de 18.000 kilómetros, se movilizó velozmente para asestar un golpe decisivo al imperio, en

una especie de cacería humana, estilo mongol, que culminó con la muerte de Darío y la conquista de lo conocido y lo ignorado hasta entonces. El escenario de sus grandes hechos por espacio de ocho años, comprendió Siria, Egipto, Babilonia, Persia, el país de los medos, el de los partos, Bactriana, la lejana Sogdiana y finalmente India.

En el gobierno de su vasto imperio reveló las cualidades de un estadista y persiguió y obtuvo lo que no lograrían alcanzar los romanos en el Asia: el afecto, la admiración, el respeto, la veneración y la adhesión irrestricta de los pueblos de oriente. Tal vez en él perdurarían las profesías de su padre: "Deberás buscar un reino digno de tí, pues no cabe en Macedonia". Aristóteles, sin saberlo completó la sugerencia de Filipo: "Es más difícil organizar la paz que ganar una guerra. Los frutos de la victoria se perderán si la paz no está bien organizada". Pese a su penetración de los hechos y de los hombres y al conocimiento que creía tener de Alejandro, el general Parmenión no logró en un principio penetrar lo que sería su futuro sistema de gobierno, pues por sus síntomas no encajaba dentro de lo conocido hasta entonces: "Polis-ciudad-estado, gobierno por representación de los ciudadanos cultos; democracia, gobierno de las masas carentes de bienes; aristocracia, gobierno de una minoría de elegidos; oligarquía, gobierno de una minoría de privilegiados y poseedores de las riquezas; y tiranía, gobierno de un individuo que se ha apoderado del poder militar". El recordaba que Aristóteles había



afirmado, que la forma de gobierno más factible era una situada entre la democracia y la oligarquía. En todo caso, el jefe del estado mayor intuía que Alejandro estaba modificando el mundo mediterráneo, mediante un cambio de sus condiciones de vida.

Sus soldados en cambio ni tenían recelos ni averiguaban. Siempre que se cruzaban con él repetían invariablemente: "Enialio (Dios de las batallas). Para Ptolomeo, cansado de resolver el enigma de Alejandro, le venían otras ideas a la cabeza. Pensaba, cuando ya comenzaba a orientalizarse, que él debía como Alejandro, incorporarse a esa nueva concepción de la vida que había nacido de la conjunción de dos mundos en un comienzo tan distintos, a pesar del influjo tan civilizado y seductor del oriente, desde sus primeros contactos comerciales y culturales, mucho antes de que Macedonia se hiciera presente en el destino helénico. Comenzó a vislumbrar que esa ciudad de Menfis, perla del Egipto, serena como una hermosa mujer dormida, personificaba la culminación de un proceso de muchos siglos, al que jamás tendría acceso la distante e insignificante Pellas, capital de rústicos y groseros campesinos. En Menfis, Tais, la experta prostituta, que tenía el aspecto de una niña y la espiritualidad de una sacerdotisa, completaría su orientalización.

Así, con el tiempo, generales y soldados iban perdiendo las austeras costumbres y se sumergían, como algún día ocurriría a los férreos romanos, en la muelle y embriagadora complacencia de oriente.

En realidad, tal vez Alejandro no llevaba en su mente la concepción de un plan definido. A esta conclusión como que ha llegado el veredicto de la posteridad. Todo induce a pensar que no concebía lo que tendría que avanzar hacia oriente, ni la distancia que mediaba entre el Eufrates y Babilonia. Tampoco poseía mapas que le mostrasen la configuración de los territorios que se extendían ante él y que se alejaban del área conocida por los mercaderes y colonizadores griegos. Como textos le acompañaron siempre las narraciones de Heródoto y el mapa mundial de Hecateo.

Su irrefrenable avance en ocasiones linda con lo sobrenatural. Algún historiador romano diría más tarde que "las legiones de Alejandro eran tanto más terribles cuanto más tenían que temer". Aníbal, algún tiempo después, pero demasiado tarde, aprendió que esta era también la característica del pueblo romano.

En formidables batallas venció a la mejor caballería del mundo y aniquiló a los elefantes acorazados del rey Poro. En contraste, cuatro ejércitos romanos, fueron aniquilados por la caballería oriental: "Marco Antonio, el de Cleopatra, para salvar parte de su ejército, hubo de replegarse a las montañas; el Cónsul Craso sucumbió con todas sus fuerzas; el emperador Valerio, derrotado, debió arrodillarse delante del rey Sopor; el emperador Juliano experimentó terribles pérdidas en su retirada hacia el Tigris; murió en el camino y un cuerpo de su ejército desapareció como si lo hubiera devorado el desierto. Pa-

ra que Alejandro y su ejército sobrevivieran, no debe atribuirse únicamente al genio de su conductor o a la estrategia y a las prácticas cumplidas. Cabe pensar más bien en un nuevo espíritu, el paso del mundo antiguo a las nuevas concepciones que se iban abriendo campo. Es el espíritu que animó a Alejandro después de Gaugamelos, cuando tomó medidas para aniquilar totalmente al enemigo, a fin de evitar que estuviera de nuevo en condiciones de luchar. Siglos después el almirante Nelson diría que una batalla naval no sería completa si se dejase escapar un solo barco enemigo.

Cuando no hay ejércitos que vencer ni reyes que destronar, comienza a desarrollar sus dotes de colonizador. Se enorgullece de hacer crecer la hierba, el trigo y el lino, donde el suelo era yermo, a diferencia de Atila.

Macedonia, país tradicionalmente pobre, a pesar de sus minas, tiene la virtud de enriquecer al mundo antiguo al poner en circulación las riquezas acumuladas por los reyes de Persia. Lingotes, monedas y joyas son arrancados de su esterilidad inactiva. A las 4.600 toneladas de plata del tesoro persa se agrega lo que poseían los sátrapas en sus gobernaciones, lo de los magnates y grandes señores, lo de la India fabulosa y el producto anual de las contribuciones de guerra que consistía en 700 u 800 toneladas de metal. La circulación de la moneda facilita la expansión económica y el florecimiento del comercio. Se trazan rutas, se construyen puertos, se abren canales, se acondicionan para la

navegación el Tigris y el Eufrates, se irrigan las llanuras, se embellecen y se aclimatan plantas, mediante la renovación de los métodos de cultivo. Sembró ciudades a lo largo de su recorrido y reveló la vida urbana a regiones enteramente rurales. Todas estas fundaciones constituyeron focos de irradiación helénica.

Es de imaginar que en los últimos años, los que precedieron a su prematuro final, la locura, una cierta locura, se había apoderado del conquistador. Algunos generales, los que más habían contribuido a su gloria, fueron inmolados por su propia mano; el ejército de veteranos, el que invicto se adueñó del mundo antiguo, fue en un momento de ofuscación o de furia demoníaca, enriquecido, licenciado y reemplazado con nuevas levadas de gente de las más diversas regiones de oriente. Fácil es hablar de su locura, pero difícil de comprobar. Todos los pueblos y naciones que lo vieron pasar en su incontenible avance, lo endiosaron y su imagen pasó a galardonar las distintas monedas. Su recuerdo se prolongó a través de los siglos y su gloria fue exaltada por poetas, historiadores, dramaturgos, artistas y grandes y poderosos reyes.

Dueño del mundo y elevado a la categoría de los dioses griegos y asiáticos, sucumbe cuando apenas llegaba a los 33 años, en Babilonia, sin dejar heredero que pudiera manejar tan grande imperio. Su política de colonización será puesta en práctica por los romanos, cuando les llegó su oportunidad histórica.